

*Recuerdos de
mi abuelo
Vicente*

Por: Merlpack

A mi hermanita Amparo que por
nacer seis años después de mí
apenas si pudo disfrutar de su
abuelo

INDICE.

CAPÍTULOS

- 1.- *Introducción.*
 - 2.- *Las grandes preguntas de un pequeño niño.*
 - 3.- *La guerra.*
 - 4.- *Su cabreo conmigo.*
 - 5.- *Mi cabreo con él.*
 - 6.- *En la sierra.*
 - 7.- *La huerta.*
 - 8.- *Su casa.*
 - 9.- *La tele.*
 - 10.- *El perico.*
 - 11.- *Su trabajo y otras curiosidades*
 - 12.- *El final.*
- Epílogo.*

1.- Introducción.

Es curioso, pero creo que la persona que más ha influido en mi forma de ser y en mi forma de ver la vida ha sido mi abuelo Vicente, mi abuelo Vicente era el padre de mi madre, nació en 1907 y murió el 22 de Septiembre de 1979, por tanto vivió 72 años, mi abuelo Vicente falleció cuando yo únicamente contaba con nueve años y medio de vida, además, antes de fallecer estuvo varios meses enfermo en la cama y por tanto apenas dispuso de tiempo para interactuar, pues coincidió con el momento en el que a él se le agotaba la vida mientras la mía empezaba a desarrollar mi cerebro. Es comprensible que todavía hoy me sorprenda de la gran cantidad de anécdotas y vivencias que recuerdo haber pasado juntos, actualmente tengo cuarenta años, por lo que parece obvio que la relación mantenida con el abuelo que murió siendo yo un crío debería ser un recuerdo borroso escondido entre mis vivencias de la infancia, pero no es así, he de confesar que todavía hoy recuerdo, casi cada día, con cariño, alguna anécdota suya, alguna conversación que mantuvimos o vivo en el presente alguna situación que inconscientemente me hace revivir alguno de los momentos que pasamos juntos.

Nuestra relación fue muy especial, yo no la he tenido parecida con mis otros abuelos ni creo que él la tuvo con sus otros nietos, al parecer las circunstancias de su vida fueron muy particulares, mi abuelo Vicente y mi abuela María perdieron a su único hijo varón cuando este contaba once años, por lo que pude deducir de escuchar varias conversaciones familiares, eso debió afectarle sobremanera. De hecho, como era bastante normal en esa época, perdió dos hijos, en 1941 falleció su hija Maruja con 18 meses y en

1945 su hijo Vicente de 11 años quedando sin hijos. Después nacieron mi madre y mi tía, con el pasar de los años mi madre se casó con mi padre y nació yo, fui el primer nieto que tuvo y además nació varón, no se como influyó mi sexo en los sentimientos de mi abuelo hacía mí, ni creo que me considerara un sustituto del hijo que perdió hacía ya muchos años, lo único que sé con certeza es que, desde mi nacimiento volcó todas sus atenciones en mí y pese a que en poco tiempo nacieron mis hermanas y mis primos, todos ellos nietos suyos como yo, la verdad es que nunca perdimos ese punto de complicidad que mantuvimos hasta el final de sus días y que todavía hoy recuerdo con añoranza y simpatía.

El motivo de querer dejar por escrito nuestras vivencias es por que, pese a que todavía no he encontrado entre mis amigos o conocidos a nadie con unas experiencias similares, seguro que habrá gente que se verá reflejada en alguna de las anécdotas o experiencias que voy a relatar, otro motivo para dejar constancia por escrito de nuestras vivencias supongo que será la esperanza de que mis recuerdos no acaben cuando yo acabe, dicen que nadie muere del todo mientras quede alguien que le recuerde, cuando llegue mi final ya no creo que exista nadie más que recuerde a mi abuelo y, supongo que podría decirse que, según la filosofía anterior, habrá muerto y desaparecido definitivamente, tal vez este escrito sirva para que ese recuerdo no se pierda del todo y perdure eternamente aunque solo sea escrito sobre papel.

Tal vez los lectores de este escrito no vean nada extraordinario en la relación infantil que mantuve con mi abuelo, pero he de reconocer que yo siempre la he considerado como algo muy especial, algo totalmente diferente a cualquier otra relación con cualquier otro ser humano de las que he tenido a lo largo de mi vida. De aquella época apenas tengo recuerdos de personas

“mayores”, no recuerdo haber jugado nunca con mi padre o hacerle las típicas preguntas de niño que seguro que le hice, pero recuerdo nítidamente las preguntas dirigidas a mi abuelo y sus respuestas, recuerdo con claridad las aventuras que pasamos en el campo o en el patio de su casa y no recuerdo nada parecido con ninguna otra persona mayor, por tanto he de admitir que mi abuelo me marcó mucho más que cualquier otra persona adulta que se cruzó en mi infancia.

No me siento capaz de hacer una descripción física de cómo era mi abuelo, la mejor que se me ocurre es decir que era viejo, tenía la cara llena de arrugas, apenas se veía y tenía un problema de próstata que le obligaba a orinar cada poco tiempo. La mayoría de las vivencias que rememoro en este escrito transcurrirían cuando el tenía entre 65 y 70 años, por tanto tampoco era tan mayor, pero a mis ojos de niño sí que era un viejo. También es cierto que la percepción que tenemos de la edad de las personas ha cambiado mucho en poco más de 30 años, hoy una persona de 60 a 70 años suele estar en muy buen estado físico y mental, pero cuando yo era joven, un hombre de 60 años ya era viejo, tenía la piel curtida por los elementos, había trabajado desde niño y seguramente habría conocido el hambre y otras dificultades a lo largo de su vida que habrían “desgastado” su cuerpo. Este envejecimiento prematuro todavía es más perceptible para las mujeres, hoy una mujer de 40 años suele ser todavía atractiva, pues dedica un interés especial en cuidar su imagen y, al igual que los hombres, su trabajo no suele castigarla físicamente. Yo he visto fotos de mediados del siglo XX de mujeres de 40 años, e incluso más jóvenes, que parecen más viejas que las actuales mujeres de 60, supongo que eso será debido a la vida que llevaban, mucho más dura al carecer de los grandes avances tecnológicos a los que hoy no damos importancia, como la electricidad, el agua corriente o los electrodomésticos, también contribuye a

este precoz declive la reprimida vestimenta y los eternos lutos que vestían las mujeres durante gran parte de su vida.

He intentado estructurar este escrito diferenciando en unos pocos capítulos las vivencias más representativas de aquella época de mi vida, he de advertir, que en los recuerdos del niño que fui, se me mezclan edades y situaciones, seguramente muchos de estos recuerdos estarán pasados por el tamiz infantil e imaginativo del niño que los vivió y tal vez no sucedieron exactamente como los cuento pero si que los cuento exactamente como los recuerdo y los siento.

2.- Las grandes preguntas de un pequeño niño.

Una de las características que más me sorprende de la relación que tuve con mi abuelo es el hecho de que yo era capaz de preguntarle cualquier cosa que se me ocurriera y él casi siempre me respondía de forma que mi mente de niño pudiera entenderle, esta complicidad existente entre los dos no la he vuelto a tener nunca con nadie en toda mi vida y he perdido la esperanza de volver a experimentarla, supongo que al haberme convertido en un adulto maduro ya no soy capaz de sentir el mundo con la inocencia de aquella época, como es de suponer mis preguntas no se referían a cuestiones trascendentales sino a las provocadas por la curiosidad innata de un niño de siete años que no termina de entender el mundo en el que vive, tampoco eran preguntas que surgían en un momento determinado y ya no se volvían a plantear, cíclicamente se repetían las mismas conversaciones y creo que ese es uno de los motivos por las que todavía mantengo frescos esos recuerdos en mi memoria, algunos ejemplos de mis dudas de aquella época y las respuestas que me daba mi abuelo son los siguientes:

Lo más grande y lo más pequeño: De pequeños creo que todos somos absolutistas, algo o alguien es bueno o malo, alto o bajo, gordo o delgado sin término medio, por tanto mis preguntas siempre estaban enunciadas en términos absolutos, “¿Qué es lo más grande abuelo?” Preguntaba yo, “El Sol”, respondía mi abuelo después de reflexionar unos instantes, ¿El Sol es más grande que las montañas?, seguía mi interrogatorio sin estar demasiado convencido, “Si, el Sol es mucho más grande” me respondía mi abuelo con seguridad, “¿El Sol es más grande que la Luna? Insistía yo, “Si, Paco, si, el Sol es lo más grande de todo”, afirmaba sin dudar mientras se ajustaba las

gafas, entonces yo me quedaba pensativo unos instantes e intentaba imaginar, sin conseguirlo, algo más grande que el Sol, cuando me daba por vencido solía preguntar lo contrario: “¿Y lo más pequeño?, ¿Qué es lo más pequeño de todo, abuelo?”, se tocaba el labio inferior con la mano derecha y ponía cara de estar pensando, “La mosca blanca” respondía al cabo de unos pocos segundos, “¿seguro que la mosca blanca?”, le insistía para estar seguro de que no se había equivocado, “seguro, es tan pequeña que ni siquiera la puedes ver”, entonces yo me quedaba totalmente satisfecho y convencido de que mi abuelo lo sabía todo.

La mosca blanca es una plaga que hacía estragos entre los naranjos valencianos en aquella época, los árboles afectados se caracterizaban por tener las hojas manchadas de una sustancia blanca y viscosa que mi abuelo decía que era donde ponían los huevos las moscas, obviamente ni el Sol es lo más grande de todo ni la mosca blanca lo más pequeño, pero creo que son buenas respuestas perfectamente entendibles por cualquier niño.

El más rico y el más pobre: Esa era otra de las típicas preguntas que solía hacerle a mi abuelo, por mi corta edad no creo que tuviera demasiado claro lo que era el dinero y para lo que servía, pero ya sabía que tener dinero era bueno y no tenerlo era malo, tenía claro que ser rico era lo que todos los mayores querían, “¿Quién es el hombre más rico del mundo, abuelo?”, le preguntaba directamente, “El Rey” me respondía a los pocos instantes, claro, pensaba yo, era lo lógico, acababa de morir Franco y todo el mundo sabía que el rey era el que mandaba ahora, lo lógico era pensar que el que más mandaba también era el que más dinero debía tener, por lo menos eso me parecía a mí, “¿Y el más pobre?”, preguntaba siguiendo mi táctica de preguntar una cosa y su opuesta, “Antonio, el bobo”, respondía mi abuelo, “¿Quién es Antonio, el

bobo?”, preguntaba yo ignorante, “*es el más pobre del pueblo, ese que lleva la ropa rota y sucia y no tiene ni para comer*”, respondía como si fuera lo más evidente del mundo, yo no tenía ni idea de quien sería ese tal Antonio el bobo, ni siquiera en la actualidad estoy seguro de que alguna vez haya existido y, de haber existido, es prácticamente seguro que no sería el más pobre del mundo, como tampoco el Rey era el más rico, pero reconozco que para la mente de un niño como yo las respuestas de mi abuelo eran acertadas y sobre todo entendibles.

¿A quien quieres más?: Recuerdo que hubo una época que entre mi hermana Mayte, mi prima Noelia, mi primo Eliseo y yo mismo, se estableció una especie de competición por ver quien conseguía que el abuelo lo eligiera como el preferido de todos sus nietos, supongo que los psicólogos de hoy en día pondrán el grito en el cielo si un abuelo le dice a un nieto que quiere más a unos nietos que otros, de hecho, yo mismo, con mis hijos siempre he ido con mucho cuidado de aparentar el mismo amor por ambos y por tanto he evitado que parezca que consientes o ayudas más a uno que al otro, la verdad es que eso a mi abuelo parecía no importarle lo más mínimo, si alguno de sus nietos se había portado mal, no tenía inconveniente ninguno en decir en voz alta que ya no lo quería, la situación solía ser más o menos como en el siguiente ejemplo:

Si yo observaba que mi prima había hecho enfadar a mi abuelo por cualquier motivo, automáticamente yo le preguntaba “*abuelo, ¿a quien quieres más?*”, a lo que mi abuelo me respondía sin pensarlo demasiado, “*A ti, por que Noelia me hace enfadar mucho*”, si a los diez minutos era yo el que con alguna trastada hacía enfadar a mi abuelo, cosa bastante habitual, entonces era mi prima la que le repetía la misma pregunta con parecida

respuesta: *“A ti te quiero más, porque Paco es cada día más trasto”*, en fin, como ya he dicho, no creo que sea una actuación que pongan como ejemplo los psicólogos infantiles pero tampoco creo que nos creara ningún trauma a los críos que éramos entonces, mi hermana, mis primos y yo.

¿Lo más rápido?: Siempre que le hacía esa pregunta me respondía como si se la hubiera preparado para un examen: *“La luz, que viaja a trescientos mil quilómetros por segundo”*, recuerdo que no yo no entendía muy bien eso de *“la luz”*, para mí el accionar el interruptor y que se encendiera la luz era algo natural e inmediato, no podía entender lo que viajaría por los cables y como lo podía hacer más rápido que una bala, que eso sí que era lo más rápido para mí, *“no, Paco, no, la luz es mucho más rápida que una bala, nada puede ir más rápido que la luz”*, es curioso comprobar como en aquellos años, incluso los más ignorantes (entre los que no incluyo a mi abuelo), sabían que la luz era lo más rápido, sabían incluso a los kilómetros por segundo que viajaba y también sabían que esa era una velocidad límite que nada la podía sobrepasar, después de responderme ya le planteaba la pregunta contraria, es decir: *“¿que es lo más lento?”*, pregunta estúpida, pues al fin y al cabo yo ya sabía que aunque el caracol era muy lento los árboles no se movían y... ¿Qué puede existir más lento que algo que no se mueva?.

Estas son las preguntas más habituales que le solía plantear a mi abuelo cuando estábamos solos, los niños suelen poner en apuros a los mayores con sus preguntas, aunque en algunos aspectos mis dudas puedan parecer inadecuadas, mal planteadas o incluso demasiado “profundas”, creo que las respuestas fueron muy adecuadas e inteligentes y, todavía hoy, más de treinta años después de haber sido respondidas las recuerdo con claridad.

